

### CREPITACIÓN REPTANTE.

Mientras duermo, mi cabeza absorbe los ruidos del mundo, los deforma y escupe psicodelias: sueño el jacuzzi de mi tía lleno de un moco espumoso que se expande y se contrae; después aparezco flotando en frío espacio de luz blanca-fluorescente delimitado por una crepitación reptante. *“Me dormí con la luz encendida”*, pienso debajo de mi sueño. Quiero levantarme para llegar al interruptor, pero siento los párpados ajenos y mi cerebro deshidratado y cristalizado envuelto en nitrógeno líquido. Intento de nuevo. Me remuevo en la cama para sacudirme la rigidez y mi movimiento tumba las cobijas así que las halo hacia mí, pero algo las retiene. Unos instantes después comienzo a salir del sopor, la luz blanca sigue brillando intensamente, me volteo hacia la derecha para recuperar el cobertor y descubro a pocos milímetros de mi otro rostro glauco que expulsa una respiración atravesada de burbujas y humedad – el ruido crepitante de mis sueños – y un cuerpo mojado que gotea sobre mí. Me lanzo hacia atrás para huir y entonces abro los ojos. En el techo brilla una luz amarillenta y estoy empuñando con fuerza el cobertor, pero soy la única en la habitación.

*“Quizá dejé una olla hirviendo, iré a ver”*, me digo en un intento por hallar el origen del ruido reptante y huérfano. Cuando llego al umbral de mi habitación, me aplasta el vértigo de alguien que se sabe observado, pero volteo para comprobar que aún soy la única en el lugar. Permanezco unos instantes asfixiándome en una nube turbia, verificando el entorno, contando que tengo diez dedos en las manos, para asegurarme de que no sigo presa de una psicodelia de mi cabeza; allí noto mis muslos resbalosos, el pijama humedecido y un rastro de gotitas de agua en el suelo. Deseando justificar esto se me ocurre introducir la mano bajo mi ropa para poder palpar mis calzones y el vértigo de nuevo se levanta en mi garganta.

### CONJURO PARA EL ALMA.

*“Esta noche en la misa, cuando el padre ore por los difuntos, les ruega que intercedan para que no le llegue todavía la mala hora a su esposo”,* le dijo a María de La Paz una voz de hierbas quemadas que la paró en seco, la vecina de la cuadra de enfrente. *“Eso suena a pecado, qué atrevimiento, qué miedo indisponer a los difuntos”,* respondió la señora para sí.

Hace algunos días que no había quietud en el barrio porque de las paredes de todas las casas emanaban apuestas y suposiciones sobre el destino de Don Margarío. Él ya descendía por los círculos de la muerte, las señales eran palpables: la pérdida del apetito, la piel amarilla y edematosa, las articulaciones rígidas; pero la casi viuda no las reconocía. Hacerlo implicaba aceptar que vivía en una casa con cuatro habitaciones vacías cubiertas por un polvillo milenario y entender que nuestro mundo es un festín de muerte cíclica. Era preciso hacer negación hasta el patetismo.

En medio del ritual reseco de la eucaristía, ella comenzó a sentir una bolsa infestada de cucarachas que se expandía en su estómago; arcadas, sudor frío, un lazo alrededor de la tráquea. Cerró los ojos y repitió las palabras aconsejadas por su vecina. La respuesta fue eficaz y vino en una forma inesperada: una mujer olorosa a hierbas quemadas, *“enviada de Dios y dueña de conocimiento ancestral sobre el alma”*. Nuestra viuda se esperaba mientras observaba a la mujer sin nombre repetir frases en ningún lenguaje, sacar un relicario y ponerlo alrededor del cuello del doliente, siguiendo así la voz de Morgana de Ávalon que vibra inmortal desde muchas lunas antes de nuestro tiempo. Los labios del hombre palidieron, sus ojos se cubrieron de una capa azulada y la mujer abrió prontamente un relicario para atrapar el halito de vida que ya escalaba el aire.

### FIEBRE PUERPERAL.

Hay en mí una entidad deiforme, omnisciente, ubicada en un no lugar más allá del lenguaje y más antigua que este. Pareciera situarse justo debajo del ombligo – en la matriz de la vida –, pero toda entera no cabría allí. Ahora mismo ha comenzado a bullir, aumenta su temperatura, hierve hasta el líquido mis huesos. Fiebre puerperal habitándome. Puede ser que el cuerpo trata de exorcizar la entidad a fuerza de subir la temperatura; quizá sea que la entidad trata de deshacerse del lastre corpóreo y sublimarse. La siento navegando mis fluidos como micro astillas imantadas que se agazapan bajo sus yemas cuando Él me toca y saboreo el dolor de sus huellas contra mi cuerpo. Quisiera que su piel, sangre y huesos entraran por mis poros para disolverse en mí.

Gateo hasta mi esquina de siempre en la cama y me acomodo formando con mis piernas plegadas las fauces abiertas del deseo. La blandura de mi vientre contra la blandura del lecho. Me imagino tal como estoy dispuesta y descubro que en ese momento mi centro palpitante es una boca: deforme, clandestina, con pequeños dientecitos rosa, cráteres y humedad perpetua; capaz de apretar y engullir de un golpe a su presa o retorcerse hasta escupir carne al mundo; el esófago de la criatura humanoide de Alien vs. depredador.

Cuando es propicio, los dientecitos afilados del deseo se ciñen sobre Él. Sus ojos me miran cargados de energía como azules medusas luminiscentes que esperan la muerte a media noche en la orilla del mar; a mí también ha de alcanzarme pronto la pequeña muerte. Lenguas dialectales, poros abiertos, dedos que hormiguean sobre piel de lava, la fuerza disimulada de mi meridiano lista para descubrirse. *“Soy una serpiente, lista para perder la cabeza”*, me susurran al oído.

### SE ARRIENDA HABITACIÓN.

Antes de que mis pupilas absorbieran las formas detrás de la puerta, llega a mí un enjambre aromático: yodo, látex, lejía y el limpio olor del metal trepidaban en el aire. Pronto se me entrega el interior de un apartamento para que yo lo arañe con mis ojos en busca de la fuente del particular aroma – lo cual se me antoja más interesante que la voz que ahora se dirige hacia mí sin alcanzarme –: blancura excesiva, mobiliario azul claro, estante con frascos de vidrio y utensilios de metal, luz electrizante derramándose implacable, e islas flotantes adheridas a la pared sosteniendo cajitas de vidrio con algo que no distingo dentro, ¿Se ha puesto de moda la estética clínica? ¿Me equivoqué de puerta?

Busco a la voz de antes para decirle que confundí de lugar y la encuentro requiriéndome: “¿Vienes por la habitación?” Asiento con la cabeza y la voz se transforma en una mano empacada en látex que me arrastra para darme un tour inmobiliario y después en unos dientes que muerden el viento escupiendo razones por las cuales debería venirme a vivir a este apartamento. *Me gustaría saber cuáles son los requisitos del arriendo. “Una garantía”. ¿De qué tipo de garantía hablamos? “Una prenda”. ¿En dinero o en especie? “Tu oreja es muy linda”. Gracias, nunca me lo habían dicho, pero ¿acepta dinero? “Tu oreja, querida, la acepto”.* Solo entonces mi cabeza volvió sobre las cajitas de vidrio flotantes: tenían orejas dentro. Los psicópatas son interesantes cuando acechan a alguien más en los documentales que veo, no cuando desean mi carne; entonces quise correr hacia la puerta pero un guante de látex empuñó mi chaqueta. “Piénsalo, bonita. No te será fácil encontrar un sitio agradable y barato acá en Bogotá. No te dolerá y nadie mira nunca las orejas ¿no?”.